

FIN DE AÑO

LA mesa estaba puesta en el comedor aun desierto. La luz de la lámpara iluminaba todos los rincones de la estancia. Las botellas de vino resplandecían con un color rojo; los paisajes japoneses de los platos, temblaban, como bajo un velo de agua, y toda la vajilla parecía sonreír vagamente esperando...

Dábase entrada al abogado Jenaro Rosa como prometido de Catalina y estaba invitado á cenar en la intimidad de la familia. Sin embargo, en la mesa no se habían colocado más que nueve cubiertos. Sebastián no cenaba.

En tres días el drama familiar había estallado. El 28 de Diciembre Juan Rosa había pedido, con todas las formalidades de rúbrica, la mano de Catalina para su hijo.

—Estoy reconocido al honor—dijo Pablo Velena—pero antes de dar una respuesta decisiva consultaré á la familia y sobre todo á la chica.

—¡Sí; es natural, naturalísimo!

Convinieron en que al día siguiente se daría la respuesta. Juan Rosa marchóse satisfecho de su gestión. ¿Satisfaciale también el matrimonio? ¿Agradábale su futura nuera, que sabía era una muchacha gentil, más niña que mujer, demasiado hermosa y poco rica, para un joven como Jenaro? El rostro de Juan Rosa nada indicaba, pero habíale dicho el día antes á su hijo:

—Está bien; pediré la chica pero debes saber que no quiero más gente en casa. Te pasaré una mensualidad, lo que desees, pero casa aparte.

—¡Se hará así! contestó Jenaro aceptando la propuesta.

Pablo Valena habló al instante con su mujer. Algo debía saber porque no se maravilló de la noticia; pero, en su regocijo de madre que veía espléndidamente asegurado el porvenir de su hija, sintió un desmayo de tristeza. Pensó en Lucía, á la que no se presentaba ningún partido. Aunque María Fara quería á Catalina más que á sus otras hijas, se hubiera alegrado de que Jenaro pidiese la mano de Lucía. Contaba esta sus veinte y cuatro años largos, conservábase siempre linda, pero ya desesperaba de encontrar marido. Entristeciábase pensando en los días más hermosos de su juventud que habían transcurrido sin amor, y se decía:

¿No habré sido demasiado ambiciosa? Catalina la amargaba algunas veces preguntándole:

—¿Cuándo esperas casarte? Estoy harta ya de verte en casa. Yo seré señora,

mientras continuarás tú siendo señorita. Ya estás vieja. Yo, en cambio no soy vieja. Tampoco soy una chiquilla...

—¿Te molesto? Mejor es ser señorita que no señora... de poca monta. ¿Sabes?

Mirándose en el espejo Lucía acababa por sorprender en su rostro, con angustia, los líneas y el aire de *mujer*. A veces sentía un extraño tormento como si viese envejecer sus cabellos y se diseñaran ya las arrugas en su frente. Sin embargo, continuaba siendo la misma, ambiciosa y altiva, á la conquista de su ideal. No tenía el aire infantil de Catalina, pero se conservaba hermosa y sus ojos cada día tornábanse más brillantes y luminosos.

Catalina fué llamada al despacho de su padre.

—¿Piensas casarte? le preguntó éste, mirándola tiernamente.

—¿Por qué no? contestó ella riendo.

—Pues, me han pedido tu mano.

—¿Jenaro Rosa?

—¡Diantre! exclamó para sus adentros el padre, y volviéndose también niño como ella, le quiso dar una broma.

—No; es otro... rico...

—No me importa. Si no es él, contéstale que no.

Y quiso llorar. Pablo conmovido le replicó al instante.

—¡Tranquilízate; es él.

Catalina contó que Sebastián sentía una honda antipatía por Jenaro Rosa y que era opuesto al matrimonio.

Pablo quedó pensativo.

—Te ruego—dijo á Catalina—que nada digas esta tarde á nadie. Quiero consultar á tus hermanos.

—No se deje convencer por Sebastián.

—Ya veremos.

Salió ella del despacho. Estaba triste, sentía ansias de cantar, pero una secreta angustia se lo impedía. Temía el regreso de Sebastián.

Después de la cena, Pablo Valena dijo ante la familia:

—Juan Rosa ha pedido para su hijo Jenaro la mano de Catalina. ¿Qué se acuerda?

Ana bajó los ojos: los rostros de Sebastián y de Catalina enrojecieron. Mas el color rojo del primero se cambió por una mortal palidez; la sorpresa y la ira no le dejaron al pronto hablar.

—Por mí—dijo Cesáreo—con el mayor gusto. Es un gran partido.

Sebastián lo miró ferozmente y después miró á Ana, que sonreía. Ninguno protestaba. Hasta los ojos de Nel relampagueaban de alegría.

No pudiendo desahogar el enojo de otro modo, Sebastián dió un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Yo—expresó con sencillez—me opongo.

—¿Por qué? preguntó tranquilamente Pablo Valena.

—¡Porque es un sinvergüenza!, gritó Sebastián. Y hubiese continuado en los insultos, si el padre no le interrumpie.

—Sólo á tí lo he oído decir. Explicáte. La serenidad de su padre, prevenido ya, turbó á Sebastián. No podía alegar ningún

cargo contra Jenaro. Y se arrepintió, manifestando:

—Ciertamente soy un imbécil.

Pablo añadió:

—Hasta que no me des una prueba de que Jenaro Rosa es indigno de entrar en la familia, no te haré caso. ¿Es justo que sacrifiques el porvenir de tu hermana á una antipatía personal?

—¡No puedo hablar! gritó Sebastián. Si supieseis lo que yo sé, no hablaríais así. No se debe ceder siempre al dinero ¡al maldito dinero!

Ana sentía miedo, viendo tan agitado á Sebastián. Catalina temblaba, sin poder articular una palabra. Luego rompió á llorar.

—Yo... no quiero escándalos—dijo sollozando.—Papá, haga lo que él quiere.

Sebastián replicó, levantándose:

—Todo está bien. Haced lo que os plazca. Me han pedido mi consejo, y por un grito de mi conciencia he dicho que no, aunque mi corazón, que tanto quiere á Catalina, se duele de ello. Si me opongo, es por su bien.

Catalina lloraba. Sebastián, irritado, con los nervios á violencia, se echó á la calle.

Cuando se marchó acabóse la escena; las mujeres estaban presas de una gran desolación. Pablo dijo con firmeza.

—Se hará; se hará...

Cesáreo que no parecía muy preocupado de la cuestión, cogió la llave para salir. Al llegar á la puerta, volvióse atrás entrando en la cocina.

—¡Guay de vosotras—dijo con tono ame-

nazador á las criadas—si se llega á saber una palabra de cuanto ha ocurrido esta noche!

—No tenga cuidado... Son cosas del mundo... respondió una hipócritamente.

Al día siguiente muy temprano, Sebastián entró en el despacho de su padre.

—¿Has reflexionado?

—Repito cuanto anoche dije. Sin embargo me arrepiento de aquella exaltación. Entre Jenaro Rosa y yo existe una... cosa. No puedo vencer la antipatía que me merece. Así no podré soportar su presencia como... pariente. Hagan lo que quieran, ya que todos están satisfechos; pero yo me marchó...

—¿Que te vas? gritó Pablo casi espantado.

—No muy lejos, añadió Sebastián. No me voy á América. Por ahora, me marchó á *San Jacobo*.

San Jacobo era el campo de trabajo, el lugar donde actualmente Pablo Valena realizaba una tala de bosque. El padre sonrió, sin hacer notar que su espanto se convertía en regocijo.

—Está bien. ¿Y qué contesto á Juan Rosa?

—Lo que quiera. No me importa.

*
* *

Todos estamos contentos del honor que se nos hace—dijo Pablo Valena al futuro suegro de Catalina.—Dígale á Jenaro que le invitamos á comer pasado mañana. ¿Quiere usted acompañarnos?

—Muchas gracias; en esta ocasión no puedo aceptar.

No se ofendió Pablo y lo acompañó hasta la puerta.

* *

Al día siguiente partió, á caballo, Sebastián para *San Jacobo*. Debía estar allí una ó dos semanas. En la casa, no se volvió á hablar de lo ocurrido; preocupábanse con los preparativos de la fiesta íntima.

San Jacobo distaba diez horas de jornada de Orolá.

* *

Así faltaba en la mesa el cubierto de Sebastián para la cena de fin de año.

Nel y Antonino entraron silenciosamente en el comedor. El primero parecía triste y pensativo. Sentóse en una silla junto al brasero. Después miró á Antonino con intención de hacerle una pregunta, pero no se atrevió.

Antonino arrancaba las hojas del calendario.

—Antonino... murmuró Nel.

Entró Lucía con un plato en la mano. Nel atrevióse á preguntarla en voz baja:

—Lucía; ¿es cierto que Sebastián no vuelve?

—¿Quién te lo ha dicho? replicó con una sonrisa de tristeza.

—Nadie; me lo sospecho. ¡Falta ya tantos días!...

—¡Tantos días! ¡Dos!... Ha ido al campo ¿no lo sabes?

Ella lo cogió por una mano, acariciándosela, y añadió:

—No hables de esto delante de mamá, sobre todo esta noche...

—No; no diré nada...

Cerca de las ocho llegó Jenaro. Cesáreo, por rúbrica, había ido á buscarlo.

Jenaro se quitó el abrigo, entregándolo á Lucía; después saludó á Catalina.

Entró Pablo Valena.

—Buenas noches —dijo Jenaro estrechándole la mano. Una mirada rápida cambiaron ambos. Nada más.

Jenaro no se maravilló de no ver á Sebastián; sabía que estaba ausente.

—Siéntate aquí—dijo María señalándole el mejor puesto. Jenaro sabía el orden con que se sentaban á la mesa los Valena; y que Sebastián se sentaba siempre junto á Catalina.

—Nada de cumplidos; me siento aquí. Una nube pasó por los ojos de María Fara. Catalina sentóse entre Jenaro y Antonino; con los cabellos bien peinados, estaba hermosísima.

Ana quedó colocada frente á Jenaro, y ambos parecían turbados.

Para todos los comensales aquella era una cena familiar de regocijo, solamente entristecida por la ausencia de Sebastián. Esta sombra de tristeza se extendía sobre la mesa á compás de la luz de la alta lámpara.

Jenaro reía, hablaba con Cesáreo y con Lucía, haciendo á la vez carantoñas á Nel.

Al terminar la cena, Jenaro se despidió, marchándose á la calle con Cesáreo.

—Idos á dormir—dijo Lucía á Catalina

y á la prima, así que los demás se recogieron.—Yo me quedaré hasta que arregle todo.



—¿Estás contenta?, preguntó Catalina á Ana cuando llegaron á la escalera, tirando de la trenza á la prima.

—¿Yo? ¡Muy contenta!

Mientras Ana se soltaba la cabellera, Catalina se acercó á los cristales.

La noche era negra, fría y profunda.

—No tengo sueño... ¿Quieres que abra la ventana?

—No; hace frío y es tarde.

En aquel momento era la media noche. Catalina dió un salto. Gritó, como sugestionada por una súbita idea:

—¡Oyes! El año que acaba y el año que empieza.

—¡Lo sé! respondió Ana.

Impresionada por la solemnidad misteriosa, cuya tristeza profunda no penetraba, Catalina miró en silencio, á través de los cristales, la lejanía. En el fondo destacábase el cielo oscuro, caliginoso, sin estrellas, como una línea medrosamente oscura. En medio de su triunfante alegría Catalina experimentó una sensación de tristeza.

—¿Dónde estará Sebastián? preguntó como si hablara consigo misma.

Ana no respondió, pero Catalina, por el reflejo en los cristales, vió que la prima sentada al pie del lecho, escondía el rostro entre la colcha azul con los magníficos cabellos sueltos sobre la espalda, temblando su cuerpo con leve estremecimiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HERRERA"
CALLE 1625 MONTERREY, N. L.